

Una antropología con un compromiso ético y político: entrevista con Esteban Emilio Mosonyi

Carlos Alberto Marinho Cirino
Doutor em Ciências Sociais/ Antropologia - PUC de São Paulo
Professor da Universidade Federal de Roraima -UFRR
carlos.cirino@ufrr.br

Carmen Lúcia Silva Lima
Doutora em Antropologia - UFPE
Professora da Universidade Federal do Piauí - UFPI
carmem.lima@ufpi.edu.br

Jenny González Muñoz
Doutora em Cultura e Arte para a América Latina e do Caribe - UPEL
Professora da Universidad Pedagógica Experimental Libertador - UPEL
Professora Visitante na EBA - UFMG
jenny66m@gmail.com

Es una gran satisfacción ofrecer a las y los lectores de la Revista EntreRios este diálogo con el doctor Esteban Emilio Mosonyi, prestigioso antropólogo conocido por su amplia producción intelectual y actuación comprometida con los pueblos indígenas y sus causas sociales. Nacido el 14 de marzo de 1939, en Budapest, Hungría, migra con su familia a Venezuela siendo aún niño, producto de los avatares de la segunda guerra mundial. De manera que ciertamente es húngaro de nacimiento, pero venezolano de corazón.

Doctor en Antropología egresado de la Universidad Central de Venezuela (UCV) y profesor Titular jubilado de dicha institución, es intelectual de un curriculum admirable, con publicaciones referencia para la academia latinoamericana, entre las que podemos citar: *Morfología del verbo yaruro* (1966); *El habla de Caracas* (1971); *El indígena venezolano en pos de su liberación definitiva* (1975); *Identidad nacional y culturas populares* (1982); *Las lenguas indígenas del Río Negro: posibilidades de recuperación y revitalización* (1989) y, junto a su hermano el doctor Jorge Mosonyi, el importante *Manual de Lengua Indígenas de Venezuela* (2000). De igual manera, es autor de innumerables artículos que abordan principalmente cuestiones antropológicas y lingüísticas, pueblos indígenas, educación intercultural, políticas culturales y ambientalismo, entre otras tantas.

Debido a su competencia, ha ocupado varios cargos de relevancia, como asesor del Ministerio de Educación, en Venezuela, del Consejo Mundial de Pueblos Indígenas, de la Coordinación Intercultural de Salud de los Pueblos Indígenas (CISPI), del Ministerio de Salud y Desarrollo Social; además ha coordinado diversos eventos sobre educación intercultural bilingüe y relaciones interétnicas, financiados por la UNESCO y el Instituto Indigenista Iberoamericano. Copartícipe para la creación de universidades indígenas en Venezuela, siempre firme y coherente en sus convicciones, muchas veces ha sido víctima de sanciones usuales en las

áreas del poder. En 2016, se posiciona contrario al desarrollo del proyecto del arco petrolífero del Orinoco, en ese mismo año es destituido de su cargo como Rector de la Universidad Indígena del Tauca.

Su postura crítica es de larga data. A inicios de la década de 1970 es miembro fundador del Grupo Barbados, colectivo de gran proyección mundial que se coloca a favor de la liberación de los pueblos indígenas del yugo provocado por las relaciones coloniales dominadoras persistentes en diversos países de la llamada América, estando al lado de importantes figuras de la Antropología como Miguel Alberto Bartolomé (Universidade de Buenos Aires, Argentina), Guillermo Bonfil Batalla (Universidad Nacional Autónoma de México), Víctor Daniel Bonilla (Comité para la Defensa del Indígena, Colombia), Gonzalo Castillo Cárdenas (Comité para la Defensa del Indígena, Colombia), Miguel Chase-Sardi (Centro de Estudios Antropológicos del Ateneo Paraguayo), Georg Grünberg (Universidad de Berna, Suiza), Nelly Arvelo de Jiménez (Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas), Scott S. Robinson (Whitman College, USA), Stefano Varese (División de Poblaciones Amazónicas, Ministerio de la Agricultura, Perú) y el brasileño Darcy Ribeiro (Universidad de Chile), que ese momento en condición de exiliado.

El doctor Mosonyi es miembro fundador de la Red Antropología del Sur, creada con el objetivo de reflexionar y teorizar sobre las formas de producir ciencia y la repercusión de las investigaciones realizadas en las sociedades estudiadas. A parte de esa postura reflexiva, dicha iniciativa pone en evidencia las implicaciones del contexto político local en cuanto a producción del conocimiento antropológico se refiere, contraponiéndose a la pretensión hegemónica de la “clásica Antropología del Norte”.

Frente a tal productividad de nuestro entrevistado, es muy difícil presentar una síntesis que pueda englobar todos los logros y sapiencia de este respetado antropólogo, de manera que las preguntas y respuestas compartidas acá son un fragmento, una muestra que resalta la importancia del doctor Mosonyi para “Antropología del Sur” y, asimismo, para otras propuestas que se aventuran por los caminos de lo decolonial. En tiempos tan nublados y llenos de intolerancia como los actuales, deseamos que los conocimientos y las experiencias compartidas en esta entrevista nos animen a la crítica, al debate sobre el colonialismo y el capitalismo inhumano, los cuales representan una amenaza a la sobrevivencia de los grupos sociales más vulnerables. Que la vida y las ideas del doctor Esteban Emilio Mosonyi nos guíen a entender y asumir los riesgos de la dimensión ética y política en la producción de conocimientos, que su persistencia nos haga avanzar hacia el diálogo solidario Sur-Sur, motivándonos a una actuación comprometida con las poblaciones tradicionales y en defensa del ambiente.

***EntreRios:** Doctor Esteban Emilio Mosonyi, húngaro de nacimiento, pero por su actuación, ¿podemos decir que se convirtió en venezolano? Cómo se usted se ubicaría identitariamente?*

EEM: En cierto modo soy producto de la II Guerra Mundial. Mi infancia transcurrió en un ambiente de itinerancia, conforme a como me trasladaban mis padres en sus frecuentes mudanzas, primero en territorio húngaro y más adelante por distintos países. Antes de arribar a Venezuela pasamos por Eslovaquia (entonces Checoslovaquia), Austria, Alemania, Costa de los Estados Unidos, hasta finalmente desembarcar en Puerto Cabello, Venezuela.

Durante ese tránsito ya tenía uso de razón, por lo que estos cambios de residencia me impactaban. Estábamos expuestos a la presencia de distintas gentes, costumbres e idiomas. Todo ello me llenaba de interés y curiosidad, más allá del ambiente post-bélico que todavía se respiraba. Yo siempre iba con la mente positiva, pero me di cuenta de que los demás no compartían necesariamente la misma actitud. Yo trataba de captar las razones, lo que me predispuso a ocuparme más adelante de esta temática. Sentía también el peso de nuestra inestabilidad económica y evidente pobreza. Cargaba todavía con el recuerdo muy inquietante de los refugios antiaéreos, al final de la guerra.

Durante todo ese tiempo me regía por la lengua y cultura húngara, pero siempre con la mente abierta e introduciendo pequeños cambios adaptativos en mi comportamiento. Me gustaba, sobre todo, apoderarme de algunos elementos constitutivos de las lenguas circundantes, especialmente el inglés – aun poco socializado en Europa Central- y el alemán. Luego de llegar a Venezuela me costó poco familiarizarme con el nuevo medio. Ya traía algunos rudimentos del español libresco – no me agrada demasiado usar el término “castellano”, Venezuela no se parece a Castilla- y además, venía con ganas de ser parte activa de mi nuevo ambiente socio-cultural. Esto no me significó para nada abandonar el idioma húngaro ni los rasgos más distintivos de mi cultura originaria; por ejemplo, oír misa en húngaro y asistir a reuniones y actos culturales con “compatriotas” recién llegados, junto con mi familiar nuclear.

Ya para ese entonces me costaba entender por qué las personas se rompen la crisma buscando su “verdadera identidad”, para saber si “soy esto o aquello”. Estoy seguro, a base de una larga experiencia, de que uno puede ser un venezolano íntegro e integral sin sacrificar o poner en tela de juicio sus raíces exógenas; si bien a cualquiera se le puede presentar un momento de duda o vacilación. Mas, con un poquito de sindéresis esto se puede y se debe superar. Permitidme bucear más allá. Hace pocos años, luego de largas consultas con amigas y amigos *wayúu* (de la Guajira), decidí hacerme miembro pleno de este grupo étnico. Se hizo un modesto proceso de iniciación del cual salí como un miembro más de clan “*Aápiushana*” y me pusieron el nombre de “Anúana” (Rey Zamuro) que me llena de legítimo orgullo. También soy miembro fundador de los portadores de la palabra *wayúu* – *pü'tchipü'ülii*, en este idioma – reconocidos ahora por la UNESCO como “patrimonio no material de la humanidad”, a instancia de las instituciones culturales de Colombia y Venezuela (por lo menos se pusieron de acuerdo en algo).

Quiero aquí señalar que al hacerme *wayúu* – sin perder en absoluto mis otras identidades –, no procedí de manera oportunista, exhibicionista o para “*épater les bourgeois*”. Estoy seguro de ello. Sé que no represento el prototipo, además de ignorar e incumplir numerosas pautas de una maravillosa cultura. Pero sí me identifico plenamente, sin reservas, con su presencia y lucha milenarias en un ambiente hostil y contra enemigos poderosos, ciertamente vociferantes hoy en día. Yo participo – y espero seguirlo haciendo- de toda la resistencia y resiliencia del mundo *wayúu*, pero también de los demás pueblos originarios, que hemos venido acompañando los verdaderos antropólogos “progresistas” (porque el progreso solo es posible sobre la base del diálogo intercultural y solidaridad activa con todos los oprimidos del mundo)

Resumiendo, en mi identidad tan compleja y de componentes variados, y en mi desempeño cotidiano, se destaca una venezolanidad a toda prueba; pero me siento incapaz de traicionar ninguna de mis lealtades asumidas.

EntreRios: Su producción consta de varios libros y artículos y una acción política admirable. ¿Qué piensa al constatar que usted se ha convertido en una referencia obligatoria para antropólogas e antropólogos de Venezuela? ¿Cómo se siente al saber que su trabajo teórico-práctico, así como su compromiso profesional son conocidos y admirados en otros países como Brasil?

EEM: Cuando uno trata de poner algo de su parte – y voluntad nunca me ha faltado – el reconocimiento que recibimos siempre se convierte en un estímulo poderoso para uno continuar trabajando lo mejor posible hasta el límite de sus facultades. En Venezuela, yo he sentido esto y se lo agradezco de todo corazón al pueblo venezolano en general, y a los segmentos que más me han apoyado en particular. Entre ellos están los pueblos y comunidades indígenas y afrodescendientes, sectores campesinos urbanos y suburbanos, colegas antropólogos y amistades de otras profesiones, muchos (as) estudiantes y colaboradores, tanto directos como indirectos, instituciones que han sustentado o colaborado con mis trabajos, miembros de mi familia y amigos (as) de la misma. En fin, es una lista interminable y pido disculpas si por prudencia me abstuve a dar nombres concretos. Recuerdo con gratitud muy especial los múltiples y diversos galardones que se me han conferido en este mi país, al que tanto quiero.

Ahora bien, cuando uno recibe un reconocimiento por parte de otro país – su gente y sus instituciones – esto se nos presenta como una muy importante gratificación adicional sobrevenida. Es como un gran paso adelante en la universalización progresiva de nuestras aportaciones, en un principio inevitablemente locales.

Sin tanta mojigatería ni falsa modestia, podemos decir que a cada uno de nosotros nos gusta ser, a la vez, “profeta en su tierra”, mas también “profeta en tierra ajena”. solo así se cumplen las expectativas de cada investigador que se precie a sí mismo y su labor propia. Especialmente en nuestro medio latinoamericano que forma parte del Sur del planeta, ya que tantos impedimentos encontramos para ascender; no en un plan de feroz competitividad sino de convivencia solidaria y mutuamente complementaria. Sin embargo, aunque no me han faltado reconocimientos de parte de colegas norteamericanos, franceses, españoles, alemanes, austríacos, italianos y otros más del mal llamado Primer Mundo, para mí representa un privilegio muy especial – en el mejor sentido de esa palabra tan controvertida – ser distinguido por tantas y tantos colegas brasileños.

Brasil es para nosotros un país hermano., cuya ejecutoria en materia científica es de un altísimo nivel. Ojalá podamos colaborar en un futuro muy próximo de manera más estrecha, en las disciplinas más variadas. Todos saldremos ganando. Sucede, “sin que nada me quede por dentro”, que en este momento, en esta etapa tan dura de mi vida ya a los 81 años de edad, llegué a necesitar de esa proyección internacional mucho más que en años anteriores. Es sabido que precisamente por mi espíritu crítico, a veces indomable, tuve conflictos bastante serios con los gobiernos de turno de mi país. Pero salí siempre airoso, de manera que ninguno de esos percances dejó mayores secuelas. Pero, con las políticas del gobierno actual – no con las del presidente Chávez – sucede algo cualitativa y cualitativamente distinto.

Tal como muchas y muchos de mis apreciados colegas están enterados, fue destituido *ipso facto* – sin derecho a la defensa – de mi cargo de Rector de la Universidad Indígena del Tauca. La razón alegada fue mi postura crítica hecha pública, frente al tristemente célebre Arco Minero del Orinoco, la cual no ha cambiado hasta la fecha sino todo lo contrario. También me reprochan otras críticas constructivas. Paulatinamente fue sintiendo en torno mío un cerco de hostigamiento, una asfixiante escalada persecutoria *in crescendo*. La mejor prueba consiste en la forma intempestiva como fue destituido de mi modestísimo cargo de asesor lingüístico del Ministerio de Educación, mediante una simple carta burocrática de tres líneas y sin derecho a “pataleo”. A nadie le desearía semejante humillación. Lo peor del caso es que estas expulsiones insidiosas se me complican con la situación general de los profesores universitarios, incluidos los de alto nivel, la cual se resume en el llamado “sueldo-cero” – alrededor de veinte dólares mensuales – que no alcanza para un almuerzo informal de un grupo de amigos. Parece que en este mundo desencajado no solo los hermanos *warao* están reducidos a la mendicidad.

Para terminar este triste relato, quisiera agregar que a veces algunos “amigos” muy oficialistas, se acercan en tono apaciguador para decirme que podían haberme tratado mucho peor, que mi penalización es todavía muy suave. Mi apreciación es otra. Al gobierno no siempre le conviene aplicar medidas fuertes contra la disidencias con personas como este servidor, le resulta más cómodo ningunearnos, neutralizarnos, volvernos “polvo cósmico” en lo personal y en lo profesional. Nos excluyen de todas las discusiones y decisiones importantes. Nos desoyen y ridiculizan cualquier reclamo. Nos niegan rotundamente toda ayuda económica y apoyo moral; para poder trabajar e investigar como le convendría a este mundo interconectado.

EntreRios: La unión profesional con su hermano Jorge Carlos Mosonyi fue muy productiva y dio lugar a publicaciones importantes como el *Manual de Lenguas Indígenas de Venezuela*. Creemos que además del parentesco y el desempeño profesional, ustedes compartieron el mismo ideal de vida, estructurado por principios éticos y políticos. Aunque fallecido, él sigue siendo de gran influencia en Venezuela a través de su memoria y conocimientos. ¿Qué representa para usted Jorge Mosonyi?

EEM: Les agradezco de todo corazón que me hayan formulado esta pregunta, que me traslada a otra etapa de mi vida. Efectivamente, mi hermano Jorge Carlos ocupa un lugar muy significativo en mi desempeño. En nuestro trato diario nos enriquecimos mutuamente. El me enseñó muchas cosas, como cuidar más los detalles y complicaciones formales, por más alambicados que a veces nos parezcan. Jorge poseía una paciencia y serenidad infinitas que contrastan con mi temperamento bastante más emotivo, aunque controlable. Los dos nos complementamos muy bien hasta el final de sus días. Sin caer nunca en exageraciones y posturas temerarias – que yo también rechazo – su desempeño revelaba una gran prudencia y circunspección minuciosa, que algunas veces me parecían excesivas y a todas luces consumían mucho tiempo. Pero afortunadamente, tales contrastes producían casi siempre discusiones y deliberaciones de índole verdaderamente científica, que nunca habré de olvidar. Entre otros escritos valiosos, mi hermano nos legó estudios interesantísimos sobre el *kari'ña*, el *kuiwa* y el *yavitero*, que actualmente continúo y utilizo primordialmente, para trabajos de índole educativa y de revitalización antropolingüística, con mucho éxito. Su ética profesional fue intachable y los indígenas los recuerdan con admiración y cariño.

EntreRios: *En el mundo académico, usted destaca por su conocimiento lingüístico y por el dominio de varios idiomas, entre ellos los indígenas warao, wayuu, baniva, pumé, tupíguaraní, warekena, guahibo, kuiwa, kurripako, piapoko, pemón y yanomami. De hecho, la lingüística es un área esencial en sus trabajos. ¿Cómo percibe las contribuciones realizadas por su persona en este ámbito?*

EEM: La pasión por las lenguas me viene acompañando desde que comenzó mi escelda migratoria a raíz de la segunda guerra mundial. Primero creí, con total ingenuidad infantil, que existían dos lenguas: la húngara y una sola “extranjera”, que yo no entendía. Poco a poco fue “descubriendo” que en realidad eran muchas las lenguas, tal vez más allá de las que cabían en la imaginación humana.

La fuerza de los hechos me obligó a entender que de alguna manera tenía que descifrar esos códigos expresivos si quería comunicarme con sus usuarios o interpretar los textos escritos que veía por doquier. Fue a partir de ese momento cuando quedé prendado por la belleza de los sonidos, la tersura de la cadena hablada en cualquiera de los idiomas imaginables, de la manera tan precisa como una emisión verbal reproducía un segmento determinado de la vida real, una situación que podía tener lugar en cualquier momento. Por todo lo que vengo explicando puede inferirse que mi inclinación al estudio de las lenguas obedece siempre a motivaciones antropolingüísticas; de hecho, hasta el sol de hoy, sigo rechazando cualquier planteamiento que pretenda aislar cualquier ponente del lenguaje del contexto social y cultural donde se encuentre inmerso. Analizar nunca significa para mí fragmentar, sino reconstruir relaciones en un conjunto amplio.

Me parece importantísimo que las gramáticas de todas las lenguas –especialmente las que corren el peligro de ser invisibilizadas o desplazadas- sean lo más correctas y completas posibles. Al propio tiempo recomiendo que las escrituras prácticas reflejen con precisión todas las características relevante de cada fonología particular. Simultáneamente exijo –sin imposiciones, claro está- que se elabore un mayor número de textos posibles en toda lengua incluida en el marco de un programa integral de Educación Cultural Plurilingüe. Pero, luchó también porque se mantenga y se refuerce la oralidad y que se la documente de manera extensiva, para uso de las nuevas generaciones más aculturadas.

Quiero que se revitalicen todas las lenguas bajo amenaza, pero sin descuidar la expansión y florecimiento de aquellas que gozan de buena salud. Solicito un cuidado esmerado para las lenguas con menor número de hablantes, por su valor patrimonial muy especial; al tiempo que veo también con la mayor simpatía el avance de los idiomas nativos hablados por millones y que han conquistado niveles muy altos de resiliencia. Propugno enérgicamente el uso doméstico de los idiomas en peligro dentro de cada comunidad, pero le atribuyo la misma importancia a su fortalecimiento fuera del ámbito comunitario, porque es imprescindible la concentración de múltiples estrategias potencialmente válidas.

Ahora bien, por encima de todas las complejidades tan detalladas, cuya exposición, incluso muy sintética, exigiría un espacio mucho más amplio, está la necesidad perentoria de poner fin a la hecatombe de lenguas indígenas y otras lenguas y manifestaciones antropolingüísticas minorizadas, que aún persiste con dramática intensidad, muy a pesar de tantos esfuerzos exitosos que han venido apareciendo en número creciente. Para mí es un axioma que el mayor problema de índole cultural que hoy atraviesa el mundo es la amenaza de pérdida –posiblemente fulminante– de esta megadiversidad lingüística que hoy nos acompaña y se resiste a desaparecer. Debemos decirle un no rotundo a la disminución de las lenguas habladas y a su deterioro ya evitable.

Estoy convencido de que todo esto es realizable; están dadas las condiciones para su factibilidad. Me cuido mucho de caer en voluntarismos inútiles o en el idealismo extremo del *wishful thinking*. Quizá, paradójicamente en Venezuela se demuestra – pese a la cuarentena y la crisis socioeconómica compleja que paraliza al país– que la mayoría de las comunidades indígenas están deseosas y preparadas para recuperar, mantener y fortalecer su patrimonio antropolingüístico, según las condiciones prevalentes en cada lugar. Nuestra promoción de la figura omnipresente de la “familia indígena hablante” se va generalizando en toda nuestra población originaria. Esto significa –a grandes rasgos y con sus variantes locales– que cada mujer u hombre hablante del idioma propio, se compromete, sin vacilaciones, a transmitirlo a sus descendientes y a todos los niños y niñas de su comunidad, antes de que pudiese ocurrir la exposición de estos infantes al contacto habitual con el idioma oficial. En la medida en que ese compromiso –aún con las dificultades que acarrea– se cumpla de manera idónea es prácticamente imposible que el idioma originario ceda su espacio o se debilite de manera notable. Suele más bien suceder que son los niños y niñas criollos quienes se ven motivados a adquirir el idioma indígena para sus relaciones cotidianas. Esta forma de recuperación lingüística puede ocurrir incluso en ambientes urbanos y suburbanos.

Si de algo me siento orgulloso en mi trayectoria es de haber contribuido desde muy temprano –los años sesenta– al tema del mantenimiento y revitalización de las lenguas indígenas. Participé en iniciativas –por ejemplo en el idioma *arawak baré*– mucho antes de que tales esfuerzos tomaran cuerpo en otros países del continente o en la misma Europa. Hoy día el *baré* –gracias a nuestros investigadores y los utilísimos nichos lingüísticos– se encuentra semi-restablecido en Venezuela, pese a todos los augurios nefastos; también el *baniva* y el *warekena* –un poco menos deteriorados que el *baré*– van por ese camino no exento de tropiezos. Iniciamos, incluso, la revitalización del *yavitero*, que ya no cuenta con hablantes nativos.

Solo la extrema polarización política y, de remate, la cuarentena del coronavirus, han impedido, por ahora, continuar el exitoso proyecto de revitalización del idioma *añú* –para mí “lengua” e “idioma” vienen significando lo mismo, aunque “idioma” suene más formal y oficioso– el cual había hecho grandes avances, como es también el caso de las lenguas *arawak* amazónicas, gracias al trabajo mancomunado de un sólido equipo, ahora disperso, constituido por Omar González Náñez, Manuel Larreal – un hermano *wayúu* que ya aprendió a expresarse en *añú*, que es muy parecido a su lengua nativa–, Yofris Márquez, quien es el único *anú* hablante nativo, el artista plástico y poeta Nelson Ramos, y me quedo corto. Mención especial merece Jorge Pocaterra, hablante y escritor *wayúu*, presidente de nuestro Instituto de Idiomas Indígenas (Instituto Nacional de Idiomas Indígenas).

Querría insistir en algo que, de verdad, me preocupa. Todavía se cree que la mejor o única forma de trabajar activamente en beneficio de las lenguas indígenas es mediante la investigación o investigación-acción muy concreta, referida a casos particulares, tal vez a un manojo de ellos; vinculados o no a programas, generalmente institucionales de Educación Intercultural Plurilingüe o algo más o menos similar. Dicho de otra manera, se hace mucho trabajo –y eso es buenísimo, también lo hago con gusto– de naturaleza bastante inductiva, más bien casuística, permitidme decir “foquista”, sin ninguna mala intención. Se parte de la idea básica de “ir acumulando experiencias”. Resulta, sin embargo, que todavía en muchos lugares –pese a la cantidad de experiencias exitosas, el desmoronamiento antropolingüístico viene ocurriendo de manera veloz y estrepitosa. Esto exige fomentar y estabilizar, lo antes posible, otra variante, mu-

-cho menos popular, de proactividad creadora en nuestro delicadísimo ámbito temático, que ya no nos concede tanto tiempo útil para la ejecución de nuestras tareas fundamentales.

Me estoy refiriendo a nuestro compromiso –adicional, pero postergable– de diseñar y sobre todo poner a prueba e ir perfeccionando políticas y procedimientos, no solo verbales sino fácticos, para eliminar –más que mitigar– el peligro mismo que se cierne sobre tantísimas lenguas. Prefiero dar un ejemplo concreto antes de seguir entretejiendo abstracciones. Me siento realmente feliz de haber inventado – sé que esta palabra tiene peso– un procedimiento ya probado exitoso y aún muy perfectible para reinsertar, o simplemente enseñar los fundamentos de una lengua indígena o vernácula en riesgo de desplazamiento. Me apresuro en agregar que el mismo procedimiento, tal como lo hemos diseñado, también sirve para impartir la enseñanza de cualquier otro idioma, sobre todo si lo hacemos a modo de una base propedéutica. ¿Los destinatarios primordiales de estos “talleres antropolingüísticos de acción inmediata” (TAAI)? Los pueblos en proceso de revitalización integral. Mas no se trata de un “invento” exclusivo para un sector poblacional ni excluyente de muchísimos otros usuarios potenciales; tal como ya lo hemos venido demostrando a lo largo y ancho del país, ntes de la irrupción pandémica.

Vamos a explicar muy someramente de qué se trata, porque haría falta más espacio. En principio estamos llevando adelante una pequeña “revolución” copernicana –permítanme la comparación– en el seno de la enseñanza y transmisión de los idiomas en general, pero de los vulnerables muy en particular. ¿Cómo se entiende eso? Según hemos observado durante años, hasta los mejores y ultra-modernos sistemas y métodos de enseñanza parecen aspirar y conformarse con la adquisición lenta y básicamente pasiva de un idioma, sea cual sea. Tal aserto no deja de ser aplicable ni siquiera a los métodos más digitalizados. Pues bien, nosotros procedemos de una manera totalmente contraria. A partir de la primera sesión ponemos en contacto al cursante con el nuevo idioma. Las clases son presenciales y se imparten en un grupo de entre 10 y máximo 25 cursantes. Por la importancia de la coparticipación corpórea y del “calor humano”, no recomendamos la “virtualización” de la experiencia aunque no es imposible en circunstancias excepcionales.

La parte docente –a cargo de un o más facilitadores o facilitadoras– entra en acción con una lista de aproximadamente de entre 20 y 25 frases y oraciones, íntimamente ligadas en párrafos consecutivos, cuyo sentido general y detallado se desarrollando a lo largo de la lección: la primera suele ser de saludos y formas introductorias para un diálogo. Los facilitadores o facilitadoras van introduciendo cada una de las frases y oraciones, una y otra vez, indicando la pronunciación y entonación exactas en una forma muy minuciosa, pero relativamente fácil para reproducir y emular, más que imitar mecánicamente. Aquí quiero señalar que hace tiempo me vengo dedicando a una especie de estudio comparativo entre el lenguaje humano articulado y la música, en lo que respecta a la sonoridad, las estructuras gramaticales y las acepciones léxico-semánticas. Por eso tengo y sostengo tan buenas relaciones con nuestro Sistema Nacional de Orquestas, cuyos miembros e investigadores más connotados y connotadas, están dispuestos junto conmigo a realizar una “siembre de idiomas indígenas”, hasta más allá de las comunidades autóctonas como tales.

Volviendo al tópico de las oraciones consecutivas, los cursantes van reproduciendo, con suficientes repeticiones acumulativas y pequeñas variaciones introducidas, cada una de las emisiones hasta llegar a la reproducción guiada del texto completo. Mientras tanto, los cursantes van formando pequeños grupos de trabajo, que convierten cada párrafo y su sumatoria en un pequeño socio drama cuasi-teatral. Esta actividad es muy diferente de la simple utilización de libros de frases comerciales, porque el facilitador o la facilitadora explica detalladamente y procurando sistematizar, en forma gradual todos accidentes morfosintánticos, junto a la caracterización semántica y pragmática de cada lexema.

El más corto de los cursos propedéuticos –todavía no hemos arribado a los de mayor duración– abarca entre una y dos semanas, con lecciones dedicadas a los temas más esenciales de un intercambio coloquial exitoso. Pero una demostración convincente de las virtudes innovadoras de lo que entendemos por TAAI puede hacerse perfectamente en un par de horas o un solo día. Además, nuestros talleres complementan eficazmente, mas no están reñidos ni presentan incompatibilidades con ninguna otra metodología o sistema de enseñanza de idiomas.

También puede enriquecerse con el aditamento de elementos electrónicos. Con todo, su contribución esencial es haber podido demostrar que no se necesitan largos meses o años para ser capaces de activar un conocimiento coloquial inicial de cualquier lengua indígena. Y esto vale muchísimo.

EntreRios: *Doctor Esteban Emilio Mosonyi, observando su trayectoria, es posible decir que usted es un gran teórico, con una producción reconocida en Venezuela y América Latina. También es un activista comprometido con las poblaciones sobre las que estudia y escribe. En su opinión, ¿es ésta una opción personal o debería ser un imperativo ético para los profesionales de Antropología y Humanidades? ¿Debería la ciencia llevarnos siempre a compromisos y posiciones políticas?*

EEM: Todo lo que te dije sobre nuestra participación en las políticas lingüísticas lo considero válido, para iniciar la cobertura de este punto. Estoy abiertamente a favor del compromiso político. Es verdad que un antropólogo debe tener la mente amplia y comprender la actitud de los y las colegas que prefieren la investigación básica, el saber por el saber mismo, el arte por el arte, por una multitud de razones que ahora no nos corresponde discernir. Además, la investigación básica de calidad suele conducir a una cantidad de aplicaciones muy variadas a cargo de otros investigadores. Sin embargo, actualmente, ya no tan solo la difícil situación del mundo indígena sino toda la crisis planetaria nos pide a gritos una presencia proactiva.

Dejar todo en manos de administradores y políticos profesionales –como nos sugería la antropología tradicional- o conformarnos con trabajar simplemente para ellos, en ciertos casos sin mayores escrúpulos éticos, se decantaría en un saludo a la bandera o algo peor. ¡Hasta cuándo tendremos que insistir en que un solo hecho catastrófico como la deforestación y devastación de la Amazonía basta y sobra para causarles daños irreparables no solamente a los pueblos indígenas sino a la humanidad entera y a todo el planeta, tal como lo conocemos en el momento actual!

Pero yo quiero ir más allá. Hace algún tiempo, puede ser un año, estoy dedicado a echar las bases conceptuales teórico-prácticas de una nueva (sub) disciplina antropológica que he osado denominar “antropología de la crisis planetaria”. En ese intento, del cual puedo presentar algunos avances, pretendemos sistematizar, entre otros, factores como el cambio climático, la contaminación mundial, el peligro de ser exterminados por armamentos nucleares y otros de destrucción masiva, el agravamiento de la desigualdad y de la pobreza extrema, la persistencia de la intolerancia y las discriminaciones de toda índole, una globalización que solo vela por los intereses intocables de una exigua minoría aún a costa de un holocausto universal, y así sucesivamente.

Frente a estos factores se yergue, con su resistencia y conatos de resiliencia, el 90% de los humanos no representados por las sedicentes élites económicas, políticas, militares, tecnocráticas, comunicacionales; enfrentados entre si mismos y frecuentemente imbuidos de un fanatismo ideológico, supremacista y pseudo-religioso. Estas élites hacen todo lo posible por seducir, manipular, domesticar, neutralizar y hasta eliminar sin mayores escrúpulos, a segmentos mayores o menores de esa población mayoritaria. Mas está convencida cada vez más de su fortaleza numérica cuantitativa y la cualidad axiológica de su lucha –se organiza sectorialmente y más adelante a nivel mundial, hasta convertirse en un contrapoder real y eficiente para ir desplazando a esa minoría recalcitrante y, mientras tanto, impedir que esa falsa élite termine de imponer su agenda apocalíptica que incluso sobrepasa los límites del planeta Tierra.

EntreRios: *Su trayectoria enfatiza la práctica de una antropología dedicada a la defensa de los pueblos indígenas. Por ejemplo, usted fue Rector de la Universidad Indígena de Venezuela, ubicada en el Tauca, estado Bolívar, desde su creación en 2010 y fue destituido de dicho cargo en 2016 debido a sus posiciones sociales y políticas. Si tuviera la oportunidad de retroceder en el tiempo ¿qué haría diferente y qué haría igual? ¿Cómo ve el compromiso con los pueblos indígenas hoy desde la academia, desde la práctica de la Antropología?*

EEM: Mi pasantía por la Universidad Indígena del Tauca representa una etapa estelar en mi vida académica y mi trayectoria ciudadana. Allí florecían la interculturalidad y la diversidad socio-cultural; se hablaban, practicaban y escribían más de 10 idiomas indígenas; los sabios y ancianos tenían un rol protagónico en la planificación y orientación de los estudios y la evaluación en idioma originario de los trabajos presentados, se protegía y promovía el valor científico y humanístico de los saberes y conocimientos autóctonos; se pretendía y en buena parte se lograba, asegurar la formación de profesionales y líderes idóneos para la consolidación de las comunidades participantes. Existe toda una literatura publicada en torno a Tauca, que fue ganando prestigio y reconocimiento en Venezuela y en el exterior, a pesar de sus dimensiones harto modestas y su currículum aún inacabado.

Se me pregunta qué más se hubiese podido hacer si retrocediésemos en el tiempo. En realidad no cabía extender y ampliar nuestras actividades a causa de la ya manifiesta falta de apoyo oficial y escasísimo presupuesto. Tal vez debería haber tomado algunas iniciativas adicionales en previsión de una nueva etapa en la cual yo ya no sería Rector de esta hermosa institución.

Hoy día la situación de Tauca se nos presenta radicalmente distinta. Todavía, en fecha reciente, se han presentados trabajos de grado sumamente interesantes, variados y de buena factura científica, tanto desde el ángulo cognitivo indígena como occidental. Se tocaron temas como las formas variadísimas de la roza o el conuco en la agricultura de los pueblos étnicos; indicadores fundamentales de la identidad de cada pueblo; fortalecimiento y reconstrucción de comunidades en crisis; situación de la mujer indígena desde distintas perspectivas culturales e interculturales. Yo me sentía en mi elemento, en mi rol de Rector Honorario, que todavía conservo. No obstante, más allá de estas presentaciones exitosas que conservan las huellas del pasado, el futuro inmediato de la Universidad Indígena se percibe angustiante, sin señales del posible advenimiento de un giro feliz. El presupuesto sigue siendo ínfimo y los muchachos y muchachas están pasando hambre y necesidades, a pesar de sus esfuerzos productivos. El Estado insiste en asimilar totalmente –o por lo menos en lo sustantivo– nuestra institución guardiana de las culturas indígenas, incluso muy diferentes entre sí– al mismo esquema unidimensional, altamente ideologizado y castellanizante de las llamadas Universidades Bolivarianas. El escaso, aunque bien motivado, personal docente ya se halla agotado y desencantado ante tanta lucha sin sentido aparente y desprovisto de toda esperanza ante la sordera de la burocracia educativa oficialista. Ojalá mis breves reflexiones despierten la solidaridad activa de los queridos colegas, amigos y amigas que leen estas líneas.

EntreRios: *En Brasil, tenemos casos de imposición de acciones ambientales que restringen o invaden territorios indígenas. Tenemos varios conflictos en los cuales la aplicación de la legislación ambiental representa una violación de los derechos indígenas. La motivación conservacionista llega a criminalizar las prácticas culturales. A lo largo de su trayectoria usted se ha destacado por defender la importancia de la unión de lo ambiental y lo étnico, es decir, del trabajo mancomunado entre movimientos ambientalistas y movimientos indígenas. ¿Qué lo llevó a hacer esta defensa? ¿Usted cree que en la actualidad aún es necesario este posicionamiento?*

EEM: Es sumamente interesante la pregunta que me están haciendo sobre cómo relacionar el tema indígena *per se* con el problema ambiental, que lo sitúa en los más diversos emplazamientos ecosistémicos. Tanto para el público en general como para la mayoría de los analistas más o menos profesionalizados, la temática casi se reduce a la unicidad. Esta se podría expresar mediante la fórmula siguiente: atentar contra el indígena significa atentar simultáneamente contra el ambiente y viceversa, en cualquier espacio poblado por habitantes autóctonos. Generalmente ocurre así, porque estos pueblos necesitan cuidar y defender su ambiente para sobrevivir y desarrollar su cultura. Los estudios más recientes demuestran que, en gran parte, los ecosistemas más prístinos y mejor conservados se han visto constituyendo y consolidando mediante la interacción entre factor humano y su expresión societaria con la naturaleza circundante y el bioma que la caracteriza. Por ejemplo, pueblos como el *warao*, el *hodü*

o el *piaroa* han sido históricamente los grandes constructores de su propio ambiente periamazónico, mediante la forma cómo han tratado, cuidado, consumido o dispersado las especies animales y vegetales que pueblan sus respectivas zonas de influencia.

Con demasiada frecuencia sucede que ciertos ambientalistas, así como otros profesionales, no están informados, desconocen o desprecian esa conexión íntima entre el indígena y su ambiente. Pero veamos los casos en los que verdaderamente hay algo de incompatibilidad entre una cultura indígena y su entorno. Bien sea por exceso poblacional, migración, alteración del ambiente o porque alguna actividad antiambiental –como la minería– haya sido emprendida bajo presiones aculturativas. Nuestro criterio es que se hace siempre necesario apostar por el equilibrio. Es preciso acudir al diálogo intercivilizatorio. Por un lado el criollo occidentalizado y por el otro, una comunidad representativa de la civilización amazónico-caribe, casi siempre con algún grado de aculturación.

Si esto ocurre, suele ser relativamente fácil encontrar la solución más adecuada. La comunidad indígena puede modificar algunas de sus costumbres ancestrales o adquiridas. Por ejemplo, renunciar a la cacería de alguna especie en peligro de extinción. O disminuir el área dedicada a un cultivo determinado. Puede mudarse a un espacio más o menos cercano, por ejemplo, cuando se trata de proteger los manantiales de un río, como ocurre en algún sector del Alto Orinoco. El Estado y sus instituciones deben garantizarle al indígena la viabilidad de alguna de estas alternativas.

Lo que jamás debe permitirse es el desalojo violento de una población autóctona, dejándola sin tierras, sin posibilidad de recuperarlas, obligándola a resolver su problema por vía de la migración a una urbe o cualquier zona remota. Una comunidad siempre necesita tener el camino despejado para rehacer su vida aun alejándose de su espacio habitual. Pero, en realidad, es poco frecuente que tenga que ocurrir un cambio radical tan brusco. Cuando éste se da, suele ser consecuencia de una imposición coercitiva.

EntreRios: *Compromisos como el suyo frente a la defensa de los pueblos indígenas, los podemos ver en el trabajos de otras antropólogas y antropólogos no solo en Venezuela, sino de países como Brasil, México, Colombia, Bolivia... ¿Usted cree que es esta una de las características de la Antropología Latinoamericana? ¿Dicha defensa a los pueblos indígenas y sus reivindicaciones sociales, políticas, económicas, culturales, podría representar una contribución importante del pensamiento decolonial hacia el conocimiento antropológico?*

EEM: En un sentido digamos que gremial, podemos afirmar que todos los antropólogos del mundo, sea cual fuere su procedencia, constituyen una especie de hermandad universal que no conoce ni reconoce límites. Solo estarían excluidos los y las éticamente reprobables, las infaltables ovejas negras. Con el perdón de estos amabilísimos animales de pelambre o lana oscura que tanto abundan en los gélidos campos de Islandia, país insular vikingo que supo desafiar con éxito el capitalismo neoliberal mas también la rigidez de la ortodoxia socialista. Todos los antropólogos y antropólogas latinoamericanos tenemos amistades y compañeros de trabajo en los países del norte global. Ciertos colegas “norteños” habitan incluso entre nosotros, hacen causa común con nuestros propósitos y aspiraciones son parte de nuestra realidad. Pero ese hecho tan obvio no contrarresta la existencia real de los antropólogos y antropólogas del Sur, quienes estamos inscritos en un largo proceso de descolonización. Como colectivo, sin contar individualidades particulares que más bien confirman la regla, los “sureños” tenemos y sustentamos otro tipo de relación con los segmentos poblacionales oprimidos, entre ellos los indígenas. Nuestro compromiso con ellos es distinto, más inmediato, más casual y espiritual a la vez. Son parte de nuestra realidad por ser parte inocultable de nosotros mismos. No podemos percibirlos como los “otros”. Si lo hacemos, renegamos de nuestro ser. Conviven con nosotros. No tenemos que organizar toda una “expedición” para visitarlos o planificar un “trabajo de campo”, concepto vinculado a cierta acepción del positivismo.

Pero el problema de nuestra descolonización es más complejo, remonta a distintos factores históricos y estructurales. Por algo soy miembro fundador de esa gran asociación plurinacional llamada “Antropologías del Sur” –así, en plural- que tiene todavía su epicentro en Mérida, Venezuela. No es separatismo ni resentimiento contra nadie. Es más bien una vía, creo que certera, para restablecer nuestra fraternidad con el resto del mundo sobre bases más sólidas.

Sin entrar ahora en un análisis *ad hoc*, es un hecho innegable – a veces incluso banalizado- que estamos siendo discriminados en nuestro desempeño, tanto en forma difusa como más orgánica: publicaciones, becas, participación en eventos, poder decisorio, todo los demás. A través de un largo encadenamiento casual –por parte bien estudiada- se nos hace tanto más difícil. Puedo ejemplificar por mí mismo; discúlpennme, no es por egocentrismo. Tengo ya bastante tiempo tratando de implantar y consolidar –comenzando por mi propio país- los “Talleres antropolingüísticos de acción inmediata” que describí con cierto detalles en esta misma entrevista. Estoy seguro de que si mi propuesta procediera de un país “desarrollado”, sobre todo de una “universidad de primera”, habría tenido –ya hace tiempo- una aceptación mucho más rápida y entusiasta. Habría, al menos ganado espacio en ámbitos internacionales para su promoción y perfeccionamiento, en medio de todo tipo de críticas, constructivas y menos constructivas como “tiene que ser”.

Pero pues bien, en mi carácter de profesor de la Universidad Central de Venezuela, despreciada y maltratada hasta por el propio Gobierno, se me ha hecho cuesta arriba socializar mis planteamientos. Aun teniendo el apoyo de dos importantes intelectuales de las altas esferas de la UNESCO, no he logrado concatenar estos talleres en el “Año Internacional de las Lenguas Indígenas” que, por fortuna, pronto tendrá continuidad con el decenio que llevará el mismo nombre. Lejos de rendirme, seguiré insistiendo en que dicha omisión se corrija, porque sé que con ello podremos contribuir al afianzamiento irrevocable de las políticas de revitalización lingüística. Quiero que esto suceda mientras aun tenga fuerzas y salud para seguir luchando, con mi edad ya muy avanzada.

EntreRios: *Las amenazas a los pueblos indígenas se han multiplicado en Venezuela, Brasil y muchos otros países. ¿Cómo podría evaluar la situación actual de los pueblos indígenas en Venezuela? ¿Cómo la crisis venezolana está afectando a estos grupos?*

EEM: En respuesta a esta interrogante, me voy a ceñir a una suerte de diagnóstico de consenso, partiendo de los aportes de los mejores conocedores de la materia, investigadores, aliados y – por supuesto - los pueblos indígenas organizados en movimientos o no tan vinculados o vinculadas a los mismos. ¿Cómo podría definirse prudentemente tal consenso? Con respecto a Venezuela es sumamente difícil llegar a un acuerdo serio sobre cualquier materia. De todos modos, sobre el tema indígena –referente a los dos últimos decenios, pero aún más atrás- poseemos una documentación muy rica y variada, en mi opinión suficiente para la información adecuada de cualquier persona en sano criterio, si intenta adentrarse en esta materia.

Yo mismo he trabajado el tema para poder ofrecer un cuerpo sucinto de información y conclusiones a fin de encauzar a presentes y futuros aliados nuestros, tomando este término en un sentido no dogmático y evitando la consabida polarización. Ningún analista serio podría negar o regatear la profunda significación para el mundo indígena –más allá de Venezuela- de la Constitución Bolivariana aprobada en 1999, en gran parte gracias a la enérgica actitud no solamente favorable sino militante del presidente Hugo Chávez. Tenemos que agregar que el primer quinquenio del siglo XXI puede calificarse –pese a errores de monta como el incumplimiento de la prometida demarcación colectiva de tierras indígenas- como una verdadera luna de miel entre la revolución bolivariana y los pueblos indígenas de Venezuela.

Se avanzó muchísimo en materia de legislación indígena, la cual contó en esa época con suficiente voluntad política para, por lo menos, iniciar su parcial cumplimiento. Fue también en ese periodo cuando se crea la Misión Guaicaipuro –de carácter asistencialista, pero políticamente explicable-; los indígenas acceden a la representación parlamentaria; numerosas y numerosos profesionales y líderes pertenecientes a diversos pueblos étnicos –especialmente de las generaciones más jóvenes- empiezan a ocupar cargos públicos dentro de sus áreas de competencia. La Educación Intercultural Bilingüe da un gran paso hacia adelante, aunque existen importantes antecedentes ya en los tres últimos decenios del milenio anterior.

Más allá de un recuento explosivo el avance gigantesco en materia de derechos indígenas – con lenguas y culturas promovidas a patrimonio histórico y cultural de la nación- creó y configuró un sentimiento de gratitud inconmensurable de los pueblos originarios venezolanos hacia el chavismo, que en cierta medida persiste hasta hoy, pese a las graves contradicciones entre indígenas y gobierno, que marcan los últimos 15 años. Ese malestar se agravó considerablemente con el ascenso y luego desempeño del presidente Maduro.

Hay que aclarar que, aun bajo el madurismo, la Venezuela “bolivariana” se esfuerza para presentarse como pro-indígena. Hasta hoy, inclusive, Maduro numerosas y bien organizadas reuniones indígenas a niveles nacionales e internacionales, muy dentro de la tónica del Foro de São Paulo; mucha retórica y despliegue, más monólogo clasista y anti-imperialista que dedicación al estudio profundo de qué desean y necesitan realmente los pueblos indígenas. Son de tan corta duración que no hay tiempo para plantear y discutir seriamente temas de interés, más allá de lo inmediato y lo propagandístico. En las reuniones de corte doméstico, los altos dignatarios del gobierno practican mucho de lo que yo llamo el estilo de “las manos en el hombro”. El diputado o gobernador, quien sea –por supuesto, criollo- coloca bajo su brazo o ala protectora a varios miembros de la comunidad visitada –hombres, mujeres, niños, viejitos, viejitas, lo mismo da- apostrofándolos con un discursillo elementalísimo y paternalista hasta más no poder, “para que vean cómo la Revolución los quiere y protege”, porque ahora viven felices como nunca antes.

Pero, generalmente, tales reuniones en las comunidades sirven para otros fines. Cuando el tema es demasiado serio aparece también la “Ministra del Poder Popular para los Pueblos Indígenas”, viceministros y otros funcionarios igualmente indígenas, pero quienes a menudo son personas muy aculturadas que no hablan ningún idioma originario. En tales casos, este grupo de funcionarios – criollos e indígenas con a veces, alto poder decisorio- escenifican una forma curiosa de “participación indígena desde la base”: yo les “participo” que mañana vienen a conversar con ustedes los representantes de una compañía minera; yo les “participo” que mañana se instalarán aquí, junto a ustedes, unos amigos militares de nuestra “gloriosa” Fuerza Armada Bolivariana.

En estos últimos años, en la medida que se fue generalizando en gran parte del país el extractivismo – con el mal llamado, pero celeberrimo, “Arco Minero del Orinoco” y otros establecimientos de “minería ecológica”-, han tenido lugar desalojos coercitivos de comunidades enteras y, al propio tiempo, no se cansan de invitar a los hombres jóvenes a convertirse en mineros *ad maiorem gloriam rei publicae*. Por otro lado, los garimpeiros y otros ilegales hacen desastres por todos lados, envenenando con mercurio los ríos Cuyuní, Caroní, Caura, La Paragua y varios otros: los mineros legales envenenan con cianuro, trabajan con una tecnología mucho más sofisticada, a la vez que más destructiva. Los indígenas no son las únicas víctimas de ese extractivismo desaforado, pero sí los expuestos al etnocidio y desarraigo irreversibles.

Sería muy largo seguir contando toda esa reedición siglo XXI del Mito de El Dorado y otras formas de sufrimiento y humillación a las que están sometidos hoy día nuestros indígenas: compatriotas venezolanos que formalmente gozan de los mismos derechos que los demás ciudadanos, además del cabal reconocimiento oficial de sus respectivas culturas e identidades.

Los del Amazonas están cansados de ser controlados por grupos armados extranjeros irregulares. A los *yukpa* les han matado su gran cacique Sabino Romero y muchos de sus familiares. A los *pemón* se les acusa de secesionistas y traidores. En la frontera colombo-venezolana de La Guajira, una feroz represión militar ha dejado hasta ahora decenas de *wayúu* muertos. ¿Y los *warao*? A ellos dedicaremos varios capítulos.

EntreRios: *Estamos muy interesados en conocer el contexto venezolano actual, ya que la llegada de los warao a Brasil representa un desafío muy emocionante para los antropólogos brasileños. Desde su amplio conocimiento. ¿Cuáles aspectos usted considera pertinentes que nosotros debamos conocer y abordar para poder llevar a cabo un desempeño más eficaz con estos grupos warao?*

EEM: Efectivamente, es muy importante conocer a fondo el contexto venezolano, tal como se presenta en la actualidad, y el complejísimo proceso histórico que nos trajo hasta aquí. Venezuela pudo haber sido un ejemplo luminoso para demostrar ante el mundo cómo un país latinoamericano podría optimizar sus políticas públicas para darle solución satisfactoria –seguramente no perfecta, pero sí rica en avances sustantivos- a su problemática indígena. Lamentablemente, todo esto se nos frustró por una serie de razones que en parte hemos aducido y otras no tan difíciles de rastrear.

Ello no significa para nada que toda la culpa haya que achacarla a la hoy martirizada Revolución Bolivariana. Los gobiernos anteriores –vamos a enfocar únicamente los adeco-copeyanos para no complicar las cosas- hicieron también desastres, algunos de ellos imperdonables. Nuestro gran amigo y aliado, el antropólogo Ronny Velásquez, en su informe hace un recuento conmovedor de los enormes daños causados al pueblo *warao* por el cierre del Caño Manamo –bajo los gobiernos de Leoni y Caldera- solo para acrecentar la navegabilidad del Padre Orinoco con fines casi exclusivamente extractivistas (del mineral de hierro); aunque también se alegaba el socorrido argumento de desarrollo agropecuario, el cual nunca se logró. Sin entrar ahora en detalles –bien documentados en su mayoría- tenemos que hacer referencia al terrible proyecto ultra-desarrollista de Rafael Caldera, la “Conquista del Sur”; el cual, si hubiera sido ejecutado, hasta sus últimos pormenores, ya la Guayana y la Amazonía venezolanas hace tiempo hubiesen dejado de existir. Recuérdese nuestra larga y bastante fructífera lucha contra el fanatismo religioso evangélico pseudo-religioso de las Nuevas Tribus y sus actividades conspirativas contra la soberanía nacional, en pos de los recursos minerales de la zona. Remonta a varios siglos y todavía perdura el enfrentamiento a muerte de los indígenas *pumé* y *kuiva* con ganaderos y terratenientes criollos del estado Apure. Sobran razones para reconocer el Gobierno Bolivariano heredó una situación bien difícil de manejar, a partir de la nada encomiable gestión de gobiernos anteriores, a lo que se suma irremisiblemente medio milenio de opresión antiindígena. Mas tampoco es menos cierto que el balance de los 20 últimos años nos retrata una realidad deplorable que aún continúa desmejorando.

Vamos a centrar ahora nuestra atención en la pregunta específica que se nos está haciendo: ¿cuáles son los aspectos que las instituciones responsables del Brasil, nuestro país hermano, han de tomar más en cuenta para enfrentar con éxito esta problemática? Mi respuesta se fundamentará en los años de experiencia que tengo lidiando con la exigente realidad que he tratado de enfrentar. Sin desconocer las diferencias que hay entre Brasil y Venezuela, considero que hay muchas ideas que compartir. Primero que nada es necesario conservar el fenómeno de la migración indígena *warao* con la mente positiva. Hace tiempo recomendamos, los científicos sociales y los humanistas –y muy especialmente nosotros los antropólogos-, hacer realidad el desiderátum del diálogo intercultural e intercivilizatorio a gran escala. En este momento, la llegada de migrantes *warao* y otros indígenas, ofrece al pueblo y al país brasileño esta oportunidad. Aconsejo aprovecharla al máximo. Podemos lograr que estos *warao* migrantes no

se sientan como un cuerpo social extraño, unos seres caídos de la nada, totalmente ajenos a la esencia y realidad de este grande y hermoso país.

Entiendo que su brusca llegada, su ingreso tan repentino en un momento tan problemático para el propio Brasil, haya suscitado motivos para que se creara una emergencia humanitaria nada fácil de confrontar. Pero esto no impide que se hagan y se multipliquen estos diálogos; tan deseados, precisamente, por nosotros los antropólogos y cultores de disciplinas hermanas. Los diálogos son infinitos y múltiples, pero yo recomendaría aquel que he denominado “integral” y “empático”. Vamos a fijarnos en el alcance real de estos nombres calificativos: diálogo intercultural integral y empático. En el Brasil contamos con suficientes antropólogos y otros especialistas para ponerlo en práctica, y aún irlo extendiendo a otros sectores de la población. Voy a describir brevemente la metodología que hemos utilizado en Venezuela con óptimos resultados, pero trasladándola –mediante un ejemplo concreto– a la presencia del grupo *warao* al Brasil. En vez de recibirlos de una manera algo oficiosa, podría convertirse su recibimiento institucional en un acontecimiento más amplio y amistoso.

Los funcionarios brasileños y otras personas seleccionadas, antes de asistir al encuentro, tendrían que informarse previamente –si bien de manera somera– acerca de las características fundamentales de la cultura *warao*, algo de su economía tradicional, sus contingencias históricas, sus problemas más recientes que probablemente los ha impulsado a emprender la vía migratoria. Esto va a constituir el inicio del guión discursivo cuando les toque recibir un grupo de indígenas *warao*, donde están representados todos los grupos etarios. Los funcionarios –expertos que hayan de asistir, escogerán a sus primeros voceros y voceras. Cuando el acto haya comenzado –y luego del intercambio de saludos– los oradores institucionales expondrán, entonces, una síntesis de lo que saben sobre el pueblo *warao* y sus posibles motivos para estar en suelo “brasileño”. Pero tienen que envolver toda esa narrativa en un discurso de bienvenida, en el cual deberán también expresar sin ambages su simpatía por los pueblos indígenas –específicamente por los migrantes *warao*– mostrando solidaridad y beneplácito.

En esto se radica justamente la empatía, de la cual tanto se habla en la actualidad. “Nosotros, brasileños, estamos encantados con su presencia. Apreciamos la cultura *warao* y estamos pendientes de las necesidades y urgencia que reclama su estancia en nuestro país. Creemos saber lo que ustedes sienten, somos solidarios con sus mejores expectativas y estamos dispuestos a brindarles nuestra ayuda, empezando por el hecho de que todos los seres humanos somos hermanos y sabemos lo que es pasar por tantas dificultades. Compartimos, además, la dignidad humana. No podemos negar que existen y habrá siempre limitaciones, no tenemos todos los recursos, la realidad muchas veces juega en nuestra contra. Todo esto lo saben ustedes mejor que nosotros, ya que han pasado por un mar de problemas, sobrevenidos sin solución aparente.”

Fíjense que hemos evitado el discurso populista, manifestando nuestro repudio a cualquier engaño, mentira o exageración que luego minaría la credibilidad de quienes hacen promesas estrafalarias, incumplibles, faltas de respeto a la condición humana. Hay que manejar siempre estas cosas con mucha delicadeza, mente positiva y un realismo optimista y sereno, aliñado con amor; tal vez no tanto con misericordia y compasión, que pueden ser indicadores o por lo menos interpretarse como subestimación y menosprecio al interlocutor; quien –por contingencias de la vida– se encuentra atrapado en una situación desfavorable, que lo coloca verosímilmente en un estado y estatus de subordinación y de aparente interioridad: tal vez no deseada, pero no por eso menos real. Esto les pasa, de alguna forma, a todos los migrantes y muy especialmente a los indígenas.

Hemos alargado un poco este ejemplo para evitar, en lo posible, errores y mal entendidos, causados por los discursos de entrada, que tienden a ser empáticos, generosos, solidarios; mas, nunca hipócritas, superficiales, burlones, autosuficientes y menos aún populistas, demagógicos, creadores y engendradores de falsas expectativas y aspiraciones estratosféricas.

Después de este comienzo de la reunión dialogante viene necesariamente la respuesta de los voceros y voceras indígenas, en este caso integrantes *warao*. Seguramente, en un principio sus palabras ostentarán cierta distancia y rigidez perfectamente explicables; pero al cabo de un rato, las intervenciones se multiplicarán y esa tensión inicial irá cediendo y se introducirá una matización cada vez más fraternal. El desarrollo y culminación de este nuestro diálogo empático – que no tiene por qué ser imaginario, de hecho hemos sostenidos unos muy reales y oportunos- dependerá en gran medida de la habilidad y experticia de los funcionarios convocantes; pero, conociendo la personalidad básica del pueblo *brasileiro* no abrigamos dudas acerca de su versatilidad y don de gentes. En lo que respecta a los participantes *warao* – y esto podría extenderse a otros indígenas- nosotros garantizamos, entiéndase bien, una altísima participación, según la dinámica elocutiva va creciendo. Al *warao* en particular, le encanta debatir, argumentar – ya a partir de las reuniones *monikata* (juicio), muy tradicionales-, deliberar, dialogar sobre todos los asuntos habidos y por haber, y así ir resolviendo sus problemas y necesidades. El *warao* es elocuente, discursivo, crítico y socarrón, mas siempre respetuoso y con la mejor disposición a cumplir su palabra.

EntreRios: *Los warao se han insertado en la sociedad brasileña como refugiados indígenas. Actualmente tenemos un contingente poblacional de más de 4.000 warao, distribuidos en estados de las regiones Norte, Noreste, Medio Oeste, Sur y Sudeste de Brasil, incluso ya tenemos muchos hijos de warao nacidos en Brasil. Desde su llegada ellos muestran autodeterminación y gran agilidad en los desplazamientos realizados. Hasta el momento no está muy claro los criterios adoptados para abandonar una ciudad y mucho menos los utilizados para definir el próximo destino. Los funcionarios del gobierno intentan “disciplinarlos” imponiendo reglas e implementando políticas públicas donde ellos no se sienten bien por ser muy diferentes a su cultura. ¿Cómo evalúa lo que le estamos diciendo?*

EEM: Me sorprende mas no me sobrecoge la decisión tomada por tantos hermanos *warao* de emigrar al territorio brasileño e internarse con tanta facilidad en su inmenso territorio. Todo esto tiene su explicación y los antecedentes se perciben con claridad. En Venezuela alcanzó su gran migración interna – predominantemente mendicante - ya hacia finales del milenio pasado por el territorio nacional hacia el estado Bolívar, hacia Caracas y el centro del país, incluso hacia Maracaibo, que les queda a una inmensa distancia (alrededor de 1.500 km.). Luego esas migraciones se fueron multiplicando y haciéndose habituales, mas siempre con predominio del retorno al territorio deltaico ancestral, salvo en el oriente del país donde los *warao* fueron estableciendo enclaves permanentes. Es cierto que tal proceso se desenvolvía dentro del propio territorio nacional, pero veamos las cosas con un poquito más de profundidad.

Ya se da entonces un gran parecido con la avalancha migratoria al Brasil, en el sentido de que en Venezuela también se movilizaban hacia zonas urbanizadas, inclusive típicamente urbanas, sobre todo la capital de la república. También se dirá que en su propio país no tenían que enfrentarse con un nuevo idioma extranjero como el portugués. Esto es muy relativo, porque hasta el día de hoy sigue habiendo *warao* casi monolingües, que hablan muy poco español. Además el portugués del Brasil no es el de Lisboa o Algarve, difícil de entender hasta para los propios *brasileiros*. Al resumir este punto, podemos colegir que esta enorme movilidad y habilidad de desplazarse por el también inmenso territorio venezolano constituye un buen antecedente para que, más adelante, los *warao* le pusiesen atención y probaran suerte en el inmenso país luso-hablante que queda al sur de nuestra república, una vez que las circunstancias se prestaran para el cambio de rumbo que – con todas estas explicaciones - no deja de ser sorprendente.

Es verdad, este siglo XXI sí que presenta hechos inéditos como el desplazamiento y migración de comunidades aborígenes a través del mundo. Quizá, empero, el fenómeno no es

tan novedoso como parece. Ha habido desde hace milenios grandes e inmensos desplazamientos de los ancestros de quienes son los indígenas actuales de los distintos continentes. Piénsese en el poblamiento de América a través del Estrecho de Behring. O las infinitas correrías de los pueblos *catuguara* (caribes, tupi-guaraníes y arahuacos). Los propios *warao* - aunque muy arraigados durante 30.000 en el Delta del Orinoco - efectuaron sus migraciones ya que hoy se les localizan desde los estados Sucre y Monagas, en Venezuela, hasta Guyana y Suriname.

Necesitamos hacer un planteamiento mucho más amplio. Nuestro amigo Ronny Velásquez tiene mucha razón cuando establece que no hay contradicción entre la ocupación milenaria de un pedazo de territorio y las largas transmigraciones que emprenden estos mismos pueblos - llamados inclusive autóctonos - con no poca frecuencia. No parece tan difícil explicar estos comportamientos contrastantes. Es verdad que cuando estos pueblos permanecen fijos, usufructúan plenamente sus territorios, ya de por sí extensos. Pero está allí a modo de ocupantes, habitantes tal vez privilegiados - mientras no se les moleste -, pero no como dueños omnímodos ni tampoco como una sociedad humana obligada a permanecer allí hasta el fin de sus tiempos; porque el indígena no reconoce límites, conserva la facultad de transgredir todas las fronteras. Tampoco admite líneas fronterizas nítidamente marcadas entre el mundo natural y sobrenatural, entre el mundo de los mortales y los espíritus inmortales, entre el aquí y el más allá. Para el caso *warao* recordemos el mundo de la fertilidad eterna, el *oriwaka*, donde sus habitantes esperan (*waka*) mutuamente (*ori*) la llegada de los unos y los otros en medio de una alegría (*oriwaka*) desbordante. En resumen, los *warao* aman, respetan y defienden su tierra ancestral, la utilizan para cubrir sus necesidades materiales y espirituales - incluso después de muertos; pero todo ello no los detiene cuando deciden libremente ponerse en marcha y recorrer grandes distancias. Según su cultura multimilenaria, ninguna porción de este mundo está privatizada, no es propiedad de nadie. Así que ¡en marcha!, se ha dicho.

Ahora nos toca responder a la consulta sobre el problema que tienen las autoridades brasileñas a la hora de imprimir reglas y ejercer algún control sobre estos indígenas *warao*, buscando alguna manera de disciplinarlos. No es que los *warao* sean “indisciplinados” sino todo lo contrario. Puedo dar fe, como Rector de la Universidad del Tauca, que tanto los *warao* como los otros indígenas -*yekuana*, *pumé*, *eñepá*, *sanemá*, quienes fueren - son muy disciplinados y hasta “exageradamente” puntuales. Cuando faltan o llegan tarde a clase o una cita, es por falta de transporte o algo fuera de su control. Suelen criticar a los profesores criollos que llegan tarde y no paran de quejarse de quienes son proclives a la falta de asistencia, lo que ocurre demasiado a menudo. Está, además, suficientemente demostrado que los pueblos agricultores, cazadores y pescadores -incluso los recolectores- guardan en su memoria un profuso calendario y horario de actividades. Pero para que ese ordenamiento, puntualidad y disciplina funcionen cabalmente en todas las áreas, tiene que haber previamente una especie de “pacto social”, una hoja de ruta mutuamente convenida, algún consenso recíproco establecido sobre cómo proceder, cuáles son las reglas del “juego social”, tanto entre ellos mismos como con la gente foránea. En cambio, los criollos y blancos-mestizos de toda América Latina creen a pie juntillas que el indio, el indito, el indiecito, es un ser infantil, desvalido, casi inconsciente de su propia existencia, para no hablar de sus derechos y deberes. Hasta de buena fe se sienten seguros de que al autóctono hay que tratarlo con mano dura y sin contemplaciones. Y cuando no lo hacen toma cuerpo la idea de que son funcionarios relajados, permisivos, que lo consienten de manera irresponsable.

En el capítulo anterior creo haber demostrado la necesidad de un gran multidialógico de pueblos y culturas. Hablé específicamente de un “diálogo intercultural integral y empático”, cuya conceptualización es una creación nuestra. Pero existen otras variantes de diálogos, encuentros y estrategias idóneas que buscan el mismo objeto de tolerancia, reconocimiento y entendimiento recíproco.

La creatividad humana es ilimitada para hallar fórmulas y combinaciones cada vez más novedosas. Hay que conseguir que participen proactivamente todos y todas los migrantes indígenas en multitud de escenarios en contacto con otros ciudadanos y ciudadanas brasileños o de otros países, según donde esté ubicado el escenario. Es difícil llevar a cabo tan noble propósito, pero de lograrlo, aunque sea parcialmente, se haría mucho más fácil, sencillo –hasta menos costoso– orientar a los hermanos *warao*, en su largo y sinuosos deambular por lo vericuetos del territorio y de la sociedad perceptora, que es y se quiere en el fondo muy generosa.

***EntreRios:** Entendemos que en el contexto actual de esta migración podríamos estar ya no hablando de un desplazamiento como tal sino de una diáspora, pues cada vez más warao ingresan por el Norte de Brasil y desde allí se trasladan a regiones más distantes. ¿Tal distanciamiento del lugar de origen y el traslado continuo pueden romper, en parte, los lazos identitarios con el territorio original? ¿Cuál podría ser el impacto para la cultura y la identidad warao?*

EEM: Para bien o para mal – mejor dicho, para bien y para mal – el imponente concepto de “diáspora” no es solamente aplicable para los indígenas venezolanos sino a la población venezolana en general, para aquellos millones – no me atrevo a decir cuántos – que tuvieron que abandonar su suelo natal por las malas condiciones de vida hoy vigentes en nuestro país. Y seguramente el problema seguirá profundizándose, a menos que gobierno y oposición se pongan de acuerdo para permitir una salida pacífica y soluciones reales a fin de enfrentar nuestra crisis humanitaria compleja y multifactorial, para darle un nombre inteligible.

Ahora bien, esa diáspora nos ha servido, por un lado, para dar a conocer en el mundo exterior los valores, cualidades y talentos que antes ocultaba y casi reservaba para sí misma – o poco menos – la hermosa Patria de Bolívar y muchísima gente valiosa. Esta sería la cara positiva de la moneda, a la que debemos agregar todavía, que el pueblo venezolano ha conocido y sabido apreciar el mundo entero, fuera de sus fronteras, antes – y lamentablemente ahora también – un tanto cerradas para el resto del planeta; contrariamente a lo que algunos sostienen, durante los cuarenta años del llamado “puntufijismo” (democracia representativa), la mayoría de la población venezolana – y menos aún las clases y segmentos de poco adquisitivo – no tenía un contacto regular ni fluido con lo que pasaba más allá de nuestras fronteras, y los indígenas menos que nadie.

Pero veamos ahora también la cara negativa, felizmente reversible. La precipitación arrolladora y tan repentina de tantos millones de venezolanos, especialmente a los países vecinos, trajo consigo dificultades bastantes severas tanto para los migrantes como para los países receptores, además de que un pequeño porcentaje de venezolanos no demostró buena conducta, como sucede en todos los casos análogos a través del mundo. Pero por otro lado, una mezcla de estos factores negativos produjo brotes de xenofobia en varios países, algunos de ellos muy reprobables; simultáneamente y en forma recíproca una porción minoritaria de venezolanos respondió a esos casos de xenofobia con un sentimiento de resentimiento indiscriminado contra los pueblos vecinos. Esto, unido a la malhadada aparición del coronavirus, provocó el retorno de un porcentaje reducido de migrantes que consideraban fallidas sus expectativas. Pero ese retorno no podrá ser masivo, porque Venezuela continua sufriendo su crisis humanitaria que remonta a varios años y ahora se ve agravada por las secuelas de la pandemia y las crueles sanciones aplicadas por el gobierno norteamericano.

Dejaremos nuestro ligerísimo análisis de este tamaño, por parecernos suficiente para contextualizar la diáspora indígena, especialmente a lo que compete al pueblo *warao*. Aunque es prematuro y poco serio entrar en especulaciones es muy probable que la mayoría de estos años más de 3.000 hermanos *warao* no piensa regresar a su lugar de origen en las presentes condiciones; sobre todo aquellos que se han internado en las regiones más alejadas de la frontera

venezolana. Pero considero que es perfectamente valedero contemplar este desplazamiento convertido en diáspora con la mente abierta y expectativas más bien positivas. Tal parece ocurrir también respecto a los demás migrantes venezolanos. Acabamos de señalar que el pueblo étnico *warao* se encuentra disperso desde mucho tiempo; piénsese tan solo en aquellos que habitan en Guayana y Suriname. Ellos tienen solo un mínimo contacto con los que viven en Venezuela, pero esa comunicación se puede perfectamente fortalecer y recuperar. Así sucedió, efectivamente, con los hermanos *kari'ña*, en años muy recientes. Pienso que una cultura se puede fortalecer cuando funciona simultáneamente en espacios diferentes y distanciados, bajo distintas condiciones históricas y ecosistémicas. La diversidad es más resistente que la singularidad homogénea e inamovible. Si la etnicidad *kari'ña* se redujera a un solo sitio, ya a estas alturas esa emblemática cultura caribe no existiría.

Sin embargo, aún con este optimismo justificado, el problema identitario de la diáspora *warao* en el Brasil se percibe bastante delicado. El país es demasiado grande y en caso de una dispersión extrema aumentarían los riesgos de un pronto desvanecimiento cultural, ya a partir de la segunda generación presumiblemente aculturada. Para que esto no ocurra, los *warao* tendrían que optar por ubicar su población en un número reducido de comunidades más sostenibles; que podrían incluirse estar distanciadas entre sí, mas no incomunicadas. Sería además conveniente que estuvieran comunicados con el resto del mundo *warao*; lo que con las conquistas tecnológicas actuales resulta posible y relativamente poco costoso, dados los avances de la digitalización. De todas maneras, los propios *warao* involucrados en esa búsqueda permanente de mejores espacios, para implantar su cultura tendrían que poner mucho de su parte, con el acompañamiento y asesoría permanente de las instituciones brasileñas competentes. Será un verdadero desafío, que se vería muy facilitado si los mencionados diálogos se realizaran bajo la égida de la interculturalidad y el respeto mutuo. Con voluntad política y unos módicos recursos mucho se puede lograr.

EntreRios: El alto grado de vulnerabilidad del warao ha llamado la atención. Las acciones desarrolladas por el gobierno municipal, estatal y federal de Brasil representan un gran desafío, porque para algunas personas se corre el riesgo de generar alojamientos perennes, pensamiento que se une a una supuesta consciencia, por parte del poder público, sobre la obligación de “mantenerlos” para siempre. Tal parece no estar muy claro que las acciones tomadas tienen en cuenta el hecho de que los warao son refugiados y la presencia en los refugios debe ser transitoria. ¿Cómo evalúa este problema? ¿Qué políticas públicas serían apropiadas para ellos?

EEM: Ciertamente, por algunos motivos – algunos ya expuestos en el presente trabajo – los *warao* son muy vulnerables. Figuran incluso entre los más vulnerables migrantes indígenas. Mas, afortunadamente, no es cierto que haya necesidad de mantenerlos infinitamente con recursos de algún Estado u organización benéfica. Por el momento ocurre así, debido a su desplazamiento tan precipitado, absolutamente improvisado, agravado por múltiples problemas y dolencias, con raíces en el pasado próximo y remoto. Pero afirmo, con seguridad absoluta en la certeza de mis palabras, que el *warao* no es ningún desvalido y reacciona positivamente ante cualquier iniciativa o paso político que él o ella interprete como algo que incide favorablemente en su situación actual o su vida futura. Y esto le infunde una mayor autoestima.

Quiero destacar, en primer lugar, un conjunto de proyectos exitosos realizados en distintas zonas del estado Delta Amacuro, entre los años 1997 y 2009, por la Fundación La Salle de Ciencias Naturales. Sin entrar en pormenores que no vienen al caso, se trata de obras e iniciativas que cambiaron la vida de los *warao* Muaina, Macareo, Mariusa, Cocuina y fundamentalmente de su centro de operaciones en Punta Pescador. La aspiración transformadora se centraba en el concepto de desarrollo integral, que se concretaba en progra-

-mas de carácter educativo, de capacitación técnica, fomento pesquero, artes manuales (mal llamadas “artesanías”), comercialización de productos sin pasar por las horcas caudinas de intermediarios, que casi siempre terminan siendo los principales –si no los únicos- beneficiarios del trabajo de los indígenas. De estos programas salieron valiosas formaciones de educadores –especializados más adelante en Educación Intercultural Bilingüe-; microempresarios y administradores bien capacitados que convirtieron la pesca en un negocio floreciente; dirigentes comunales que aún siguen ejerciendo un liderazgo regional. Allí no se ejercía el Paternalismo ni se regalaba dinero; pero, en cambio, se asignaban créditos blandos que eran puntualmente reintegrados. Gracias a su sólida formación y capacitación, se fue creando una buena atmósfera de trabajo productivo, disciplina, eficiencia y buenas relaciones humanas en el seno de los participantes de cada proyecto. No parece exagerada la afirmación de que los *warao* –gracias a su bien estructurada organización familiar extendida- están como “mandados a hacer” cooperativas de vocación múltiple.

Algunos opinadores dirán que aquí nos estamos refiriendo a un sector muy aculturado y occidentalizado del pueblo *warao*, no a su mayoría poblacional más imbuida en su cultura ancestral. Tampoco esto es cierto, porque ya en la década de 1970 el Estado logró implantar programas de reforma agraria en el Delta Medio que – a pesar de las fallas notorias atribuibles a la impericia de los funcionarios - demostraron su viabilidad con resultados satisfactorios, gracias en parte a los conocimientos y sagacidad de nuestro recordado colega el antropólogo Dieter Heinen, más también a la disciplina, colaboración y capacidad de trabajo de las comunidades *warao*. Existen incluso hasta hoy, rancherías como *Nabasanuka* y *Bonoina* que siguen prosperando, muy a pesar de las notorias dificultades y deficiencias actuales. El *warao* es un pueblo resistente.

EntreRios: Una gran parte de la sociedad brasileña se siente incómoda con la práctica de mendicidad de los warao en las calles, pero cuando ellos salen a mendigar, así lo hemos constatado, muchos de ellos dicen que están trabajando, es decir, para ellos es un trabajo. Sin embargo, existen otras interpretaciones, por ejemplo, hay quienes dicen que esta es una práctica cultural, una especie de actualización del hábito de recolección experimentado en el pasado. Otros explican esta realidad a partir del sesgo materialista, es decir, ellos piden porque están en condiciones de extrema pobreza. ¿Qué opina usted de tales posiciones y opiniones? Considerando el conocimiento que tiene sobre dicha etnia, ¿podría explicarnos por qué sucede esto?

EEM: Primero que nada, rechazo enérgicamente esta constatación peregrina – tan “jalada por los cabellos”- de que la mendicidad sea solamente una forma de recolección, una actualización de una vieja y arraigada práctica cultural. Pedirle dinero a alguien no es como recoger algo perteneciente o sacado del reino vegetal o animal. Es también una práctica unilateral, siempre algo humillante, que no implica reciprocidad ni beneficio alguno para el prójimo, aunque sea un extraño. Pero lo más importante es el hecho de que los mismos *warao* no están conformes con esa interpretación percibida como muy peyorativa; la consideran como un insulto a su hermosísima cultura milenaria. Los *warao* son técnicos o profesionales, quienes ejercen algún liderazgo, son personas orgullosas, bien plantadas, con todo su orgullo y autoestima, no soportan que alguien se burle así de su pueblo, lo ven como un racista algo “encubierto”. Mas tampoco admiten esa conseja, los *warao* de viejo cuño, representantes de la cultura más tradicional, quienes no practican o ya abandonaron la mendicidad. Sostienen correctamente que durante miles de años se valieron enteramente de sus propios medios: los morichales, la caza y pesca, la recolección genuina que no mutila sino restaura el ambiente, la pequeña agricultura de subsistencia; a lo que se suma ahora el trabajo ofertado para el *jotarao*, el no-indígena. Añaden enseguida que la mendicidad como tal es una aberración. Pero entonces, ¿por qué ocurre? A mi entender, no es tan difícil encontrarle explicaciones. Veamos algunas sin buscar la exhaustividad.

La casi imposibilidad de practicar la cultura tradicional, por la terrible destrucción ambiental causada por el extractivismo y su letal toxicidad; la incapacidad del Estado para ofrecer programas compensatorios o nuevas fuentes de trabajo no degradantes (como el peonaje); la aculturación inductora de nuevas necesidades y aspiraciones sin ofrecer un mínimo de recursos con qué satisfacerlas; la proliferación desmedida de enfermedades deletéreas como la tuberculosis y el SIDA –hay otras más– frente a la negligencia criminal del Estado, sin por ello desconocer los esfuerzos de algunos héroes o heroínas anónimos o poco reconocidos, para contrarrestar tal calamidad. Todo ello constituye un tremendísimo coctel explosivo que caotiza al *warao*, predisponiéndolo a la mendicidad, la migración y la pérdida de la autoestima.

Tampoco ayuda para nada la actitud patriarcal, paternalista y populista de casi todos los gobiernos – especialmente en la ocasión de búsqueda de votos políticos– que en ciertos y determinados momentos aflojan recursos y regalan dinero en efectivo, acostumbrando a los indígenas (y al resto de los ciudadanos, especialmente a los más pobres, vulnerables y desvalidos) a la peregrina idea de que la gente solo tiene “derechos” mas no “deberes” que cumplir; un constructo ideológico totalmente contrario a las culturas indígenas tradicionales, incluida la *warao*.

Ya para pasar al caso *brasileiro* sobre el cual se me hace consulta, observo que los indígenas *warao* llaman a la mendicidad “trabajo” (*yaota*); lo que yo entiendo perfectamente, dada la dificultad y sumisión al escarnio público que implica sacarle dinero a la gente, en cualquier parte del mundo, aún en pequeñas cantidades. Esta tragedia la compartimos también los y las docentes universitarios venezolanos con nuestro sueldo- cero, cuando tenemos que “mendigar” ante nuestros pares y otras instancias, para poder acrecentar nuestros ínfimos recursos que no bastan para sobrevivir.

La mendicidad del *warao* va a continuar por un tiempo más, pero no es imparable y admite alternativas. También la asistencia al migrante en situación de acentuada vulnerabilidades un requerimiento internacional e interinstitucional ineludible que necesita perfeccionarse y adecuarse a todas las circunstancias. De ello Brasil ofrece una red amplia y generosa que es preciso reconocer. Existen otras opciones que he venido insinuando en los capítulos anteriores y seguiré desagregando y concretando en lo posible, puesto que se trata de una necesidad fundamental y un nobilísimo reto a nuestra sensibilidad y ética humana, no solo humanitaria. No me canso de reiterar que no es suficiente sentir simpatía por el o la migrante si no la acompaña la empatía. Por eso las instituciones brasileñas no deberán aferrarse al principio –tal vez legítimo, pero ya rebasado por las contingencias– de que los migrantes habrán de permanecer en los países receptores por un periodo relativamente corto. Esto nunca fue muy cierto y actualmente mucho menos que nunca. Muchos se quedarán y formarán parte de la sociedad brasileña. Y aún cuando finalmente regresaran, necesitan en el interin un asidero, un *modus vivendi* consagrado, que les haga la vida más llevadera. No podemos exigir que el Estado brasileño admita a estos humanos *warao* como ciudadanos, de buenas a primeras. Ni siquiera como residentes regulares. Pero si precisaría un ambiente donde el *warao* se sienta bien recibido, protegido con empatía, acompañado en sus avatares y apoyado en sus esfuerzos; no solo por algunos o algunas simpatizantes o un colectivo muy especial, sino por una institucionalidad en funcionamiento. Lo óptimo para el indígena sería sentirse querido y apreciado. Con su cultura respetada y valorada como aporte significativo al rico acervo brasileño. Pero el *warao* sabe demasiado bien que así, de golpe, no puede aspirar a tanto; en ningún país del mundo ha ocurrido tal milagro. Pero sí se pueden abrir caminos, trechos, vericuetos conducentes hacia eso. La verdadera interculturalidad multidiversa y ecohumanista puede lograr ese tránsito.

El multidiálogo entre culturas y civilizaciones –cuando es integral y empático– es una buena metodología para ir conquistando objetivo cada vez más ambiciosos; pienso que el lector o lectora acucioso que haya seguido atentamente mis argumentaciones, ya que estas alturas esta-

-rá de acuerdo. ¿Cuáles serán, entonces, las prioridades? Las y los *warao* adultos en pleno uso de sus facultades, necesitan trabajar, los niños y niñas y jóvenes, estudiar. De otro modo, seguirán dependiendo de la beneficencia. Para hombres y mujeres-especialmente para ellas- las artes manuales (artesanía) es una magnífica salida, vista objetivamente la extraordinaria vocación estética de este pueblo tan inteligente y creativo. Podrían practicar agricultura sustentable con suficiente acompañamiento, capacitación, comercialización asegurada y sin intermediarios. Los hombres son habilidosos para la carpintería y la mecánica. ¡A montar, pues, cooperativas *warao*, con ayuda del Estado!

EntreRios: *Investigaciones recientes llevadas a cabo en refugios específicamente para los warao en los estados de Roraima y Amazona (Brasil), han demostrado que el contingente de indígenas con edad avanzada es mínimo en relación a los demás, especialmente en comparación con niños en el grupo de edad entre 0-12 años Según ellos, los ancianos no podrían soportar este viaje hacia Brasil, por razones de salud. ¿Cuál es el impacto de esta situación en la organización social del grupo?*

EEM: En el contexto que nos ocupa, la falta de ancianos y ancianas es un grave problema. Es harto sabido que son los sabios ancianos y ancianas (*idamotuma, tidaidamotuna*), los grandes sostenedores de la cultura e identidad propias; de los conocimientos y saberes antiguos, acumulados y adaptativos; del panteón mítico-religioso; de la etnomedicina y farmacopea, del uso históricamente del fluido idioma; y paremos de contar...Verdaderamente, a los pocos ancianos y ancianas y chamanes (*wisidatu*) disponibles habrá que cuidarlos y compartirlos como un tesoro que no durará eternamente; los *warao*, por ahora, no son particularmente longevos, al contrario de los *kari'ña* y *wayúu*. Para nuestro consuelo, existen alternativas capaces de aminorar el efecto pernicioso de su escasez e inaccesibilidad cuando hay voluntad en los *warao* y sus aliados.

Felizmente, la cultura e idioma *warao* han perdurado, resistido; se consiguen buenos y buenas conocedores y conocedoras de la ancestralidad de las generaciones de relevo –especialmente la intermedia- y, por supuesto, numerosos y numerosas hablantes fluidos y creativos (aunque se registra un decaimiento no irrecuperable). Para resguardar la vigencia y fomentar la difusión y cultivo intra y extraétnicos de la cultura y el idioma pueden recomendarse distintas iniciativas, más aquellas que nos depare el futuro a corto y mediano plazo. Hemos visto con beneplácito cómo los antropólogos y antropólogas conocedores de las múltiples facetas de la etnicidad *warao* –ya bien estudiadas en su conjunto- nos hemos venido acercando y organizando, ya con ribetes de formalidad institucional. Su influjo en lo adelante podrá ser decisivo para el éxito de estos esfuerzos de envergadura internacional. Hay que salvaguardar esta cultura e idioma donde quiera que se manifieste en el mundo.

Es imperativo, también, reforzar una red autoconstruida por el propio pueblo *warao*, que en cierta forma ya existe. La Educación Intercultural Bilingüe constituye otra de las estrategias indispensables para mantener y fortalecer todos los componentes esenciales de la etnicidad *warao*, en el presente caso; en pie de igualdad y armonización con los componentes del curriculum brasileño, sin que nada se quede por fuera. Los Talleres Antropolingüísticos de Activación Inmediata (TAAI) se encargarán de difundir el idioma *warao* entre los semi-hablantes y no-hablantes que pueden ser indígenas o aliados foráneos. Esas estrategias difusoras podrían abarcar idealmente todo el territorio brasileño; cabría además la opción de trasladarlas a otros pueblos indígenas de Venezuela o Brasil. ¡Ojalá pudiésemos contribuir a esa experiencia con nuestra presencia en físico!

EntreRios: *Según su opinión, ¿qué cree haber motivado a los warao a emigrar a Brasil? Esto si consideramos la gran distancia existente entre sus lugares de origen y nuestra frontera, en comparación con otros países vecinos de Venezuela?*

EEM: A lo largo de este escrito hemos aludido o señalado múltiples factores causales que han provocado o precipitado la migración *warao* hacia el Brasil, a pesar de la notable distancia entre Delta Amacuro y la frontera venezolano-brasileña. Vamos a sintetizarlos rápidamente en cinco puntos que consideramos fundamentales:

- a) Ya desde los años finales del siglo pasado, los *warao* se fueron acostumbrando a realizar largas marchas a través de gran parte del territorio venezolano; no solamente hasta Caracas, la capital, y las ciudades del centro del país, sino hasta Maracaibo, en el Occidente, a una distancia de aproximadamente 1.500 km., a partir de la mayor parte de los núcleos poblacionales de este pueblo étnico.
- b) También desde temprano, con anterioridad al siglo XXI, los *warao* fueron orientando desplazamientos hacia el Oriente y Sur-Oriente, con énfasis en el estado Bolívar. En Ciudad Guayana su presencia se hizo permanente, a manera de constituir un foco de pobreza extrema, que los predisponía a continuar su proceso migratorio.
- c) Para ese entonces, la distancia – tanto geográfica como social – entre sectores crecientes del pueblo *warao* y la frontera brasileña disminuye en grado considerable. Entre el estado Bolívar y el estado Roraima hay una comunicación muy fluida, lo que lo convierte para el *warao*, en un destino mucho más próximo y asequible que, por ejemplo, Colombia.
- d) Además, para todo ser humano, Brasil es un país que llama mucho la atención por su inmensidad, hermosura y gente amable. Ya desde sus primeras incursiones los *warao* vieron en el Brasil un país de oportunidades para mejorar su situación precaria. También lo perciben como un país bien organizado, con instituciones que funcionan, capaz de resolver las dificultades y desencuentros que evidentemente se producen en un proceso migratorio de esta naturaleza.
- e) Otro factor que ha intensificado fuertemente la migración *warao* al Brasil es ya no solo la gravedad sino el agravamiento de su dramática situación en Venezuela. Los *warao* son uno de los pueblos indígenas más invisibilizados y peor atendidos en nuestra patria, incluso en mayor medida que, por ejemplo, los *wayúu*, los *kari'ña* o los mismos *yanomami* con todas sus calamidades. La toxicidad petro-minera de las aguas deltanas alcanza niveles insoportables. El SIDA ya acabó con la emblemática comunidad de *Murako*, depositaria de una variante antropolingüística que siempre hemos admirado. La sociedad venezolana, como un todo, debe repensar en serio el porvenir del noble pueblo *warao*.

EntreRios: En estos momentos de pandemia hemos tenido conocimiento de que los administradores de los refugios han tratado de mantener protocolos para combatir el coronavirus, tales como: identificación de casos sospechosos, control del entorno de atención, protocolos para transportar a los infectados, el aislamiento social. Sin embargo, los *warao* se resisten a todos estos controles. Al considerar el tema cultural en sí, ¿cómo percibe usted esta situación tan desafiante, pues el objetivo es preservarlos de la contaminación?

EEM: Me contenta leer las entrelíneas del texto que expresa el tenor de esta pregunta, la cual se presta para extraer un corolario de una serie ordenada de recomendaciones y sugerencias que venimos acumulando en relación con el trato que – a mi juicio – debería brindársele al migrante o inmigrante *warao* a la República Federativa del Brasil. Estoy cada vez más convencido de que vamos avanzando por el camino correcto. Estos controles, protocolos y medidas disciplinarias que se necesitan aplicar para proteger a la gente del coronavirus serán irrealizables mientras las cosas se sigan haciendo según la rutina establecida, eso está suficientemente demostrado. Pero si logramos aplicar – aunque sea con éxito relativo – las propuestas de solución que hemos formulado en los capítulos anteriores podría darse un avance considerable.

Si las instituciones trabajan con empatía, se realizan los diálogos interculturales, se despliega la participación protagónica de los mismos y mismas *warao* en las deliberaciones y de-

-cisiones que se vayan tomando, tenderá a producirse consecuentemente una suerte de autocontrol en estos hermanos y hermanas migrantes, que tal vez no sea perfecto – nada lo es – pero sí aceptable y sustentable. Al afirmar esto, no estoy inventando nada; es el resultado obtenido a lo largo de muchos años de experiencia cristalizada en iniciativas y eventos con participantes *warao*.

Nos queda todavía un obstáculo importante que conviene superar. En circunstancias y condiciones normales dispondríamos de tiempo suficiente para ir realizando, paso a paso, todo lo previsto en la hoja de ruta que hemos recomendado, explicado y ejemplificado. Pero hoy no es así. Estamos presionados por la presencia mortífera del coronavirus, que nos conmina a proceder con urgencia. Hay que aplicar nuestro plan desde el momento de entrada del o la migrante con rapidez y decisión, pero sin improvisar. Conviene designar, ya al inicio, un funcionario o funcionaria para cada grupo, que podría llamarse “motivador intercultural”, quien conectaría a los indígenas con los demás funcionarios; por supuesto, ese motivador requeriría una formación muy especial, además de ser conocedor de la cultura *warao*. Con su ayuda se organizaría una recepción de bienvenida, en la que el Estado brasileño los declararía huéspedes de la República. Se les aseguraría que las autoridades están pendientes de ellos, tendrían una serie de reuniones donde se planificarían acciones de común acuerdo; no solo para substituir sino para estudiar y trabajar, según los requerimientos de cada generación.

Esas reuniones urgentes, convocadas en el umbral del puesto fronterizo, por definición tienen que ser muy breves y concisas. Además todos y todas vienen cansados y agotados por un viaje largo y accidentado. Pero nada de eso impide que se repartan unos bocadillos, se presente algún o alguna cantante o grupo de baile popular brasileño, se les hagan algunas preguntas de cortesía a los y las indígenas, permitiéndose inclusive algunos comentarios jocosos, sin filo irónico porque eso hiere. Tal vez lo más importante, en tal ocasión, es proyectar un video o película de dibujos animados sobre la mejor manera de evitar el contagio con el coronavirus, usando un idioma español relajado, de corte popular, con los verbos en modo indicativo en vez de imperativo. Esto equivale a echar las bases de un pacto social, perfectamente viable si se procede –por parte de la institucionalidad– de buena fe, con prudente optimismo realista y una voluntad sincera de cumplir todo lo prometido.